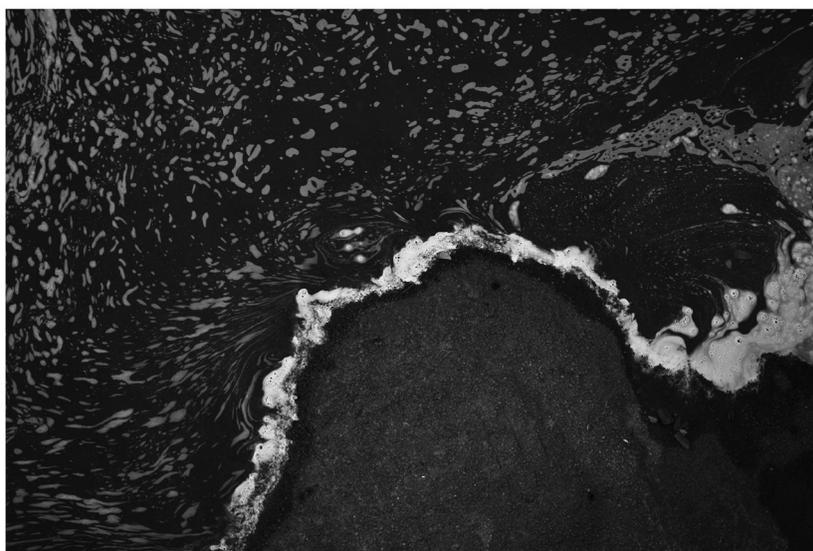


Narcisismo e imagen. Los laberintos de Aaron

Narcissism and Image. The Mazes of Aaron

Ema Quiñones



EMA QUIÑONES
Licenciada en Psicología
Miembro habilitante de AUDEPP
emaquinones@hotmail.com



Resumen

En el presente trabajo se realiza, a partir de material clínico, un intento de articulación de las nociones de narcisismo negativo y los desenlaces que conlleva en la imagen de sí. Se tomará como marco teórico los aportes kleinianos y alguna reseña de postkleinianos. La situación clínica se centra en el caso de un adolescente adoptado, a quien esa verdad es negada categóricamente por los padres, que son con los que se desarrolla el abordaje clínico en un primer tiempo.

Sobre estos aspectos se centrarán las reflexiones que dieron lugar al entramado de narcisismo negativo que despliegan estos padres en las sesiones y las dificultades inherentes que generaron relativas a la identidad e imagen de sí en su hijo. Se intenta así, obturar la posibilidad de subjetivarse y apropiarse de su historia. Se analizará la transferencia que se va desplegando, así como la contratransferencia.

Palabras clave: narcisismo negativo, imagen de sí, adopción, transferencia-contratransferencia

Abstract

This work is an attempt to articulate the concept of negative narcissism with the outcome of the self-image, based on a clinical case. Kleinian and post-Kleinian theoretical concepts are used in the clinical analysis.

The first time period of the psychotherapeutic work was done with a couple, adoptive parents who had denied their adolescent son any information about the adoption.

I focused my considerations on the framework between negative narcissism, displayed by the parents display in the sessions, and the inherent difficulties originated on the son's identity and self-image. This dynamic sealed, in the adolescent, the possibility of subjectivization and owning his history. I will do an analysis of transference and countertransference, in the way it developed throughout the psychotherapy.

Keywords: negative narcissism, self-image, adoption, transference and countertransference

Quien alguna vez comenzó a abrir el abanico de la memoria no alcanza jamás el fin de sus segmentos; ninguna imagen lo satisface, porque ha descubierto que puede desplegarse y que la verdad reside entre sus pliegues.

W. Benjamin

Melanie Klein plantea la existencia de relaciones de objeto desde el comienzo de la vida, así como del papel de la pulsión de muerte, de ansiedades y de mecanismos de defensa. Esto parece irrefutable: el bebé fue gestado por alguien, producto de una relación; su nacimiento es esperado por alguien, se generan expectativas, su llegada produce cambios... y se producen también en él cambios: desaparece la idílica protección del vientre materno. De golpe se encuentra expulsado a un lugar ruidoso, luminoso, donde se despliega a pleno un mar de sensorialidad: frío, calor, hambre, saciedad, sensaciones extrañas, dolores, bienestar; que se vivencian como algo bueno o algo malo.

La ignorancia va lentamente a dar paso al conocimiento, este conocimiento desbordante de angustia se va a ir construyendo a partir del encuentro con el primer objeto: la madre, que será vivida —inicialmente— como algo que tranquilizará, que frustrará, que dará o negará. La madre-pecho es escindida en objeto bueno y objeto malo, rápidamente se transformará en objeto idealizado y objeto persecutorio. Este saber acerca del objeto es posible gracias a los procesos de proyección e introyección, estructurantes del psiquismo. La proyección le dará forma al objeto, que será bueno o malo; la introyección permite comprenderlo, conocerlo. Klein plantea que

la proyección de un mundo interior predominantemente hostil dominado por temores persecutorios lleva a introyectar —volver a tomar— un mundo externo hostil y viceversa, la introyección de un mundo externo distorsionado y hostil refuerza la proyección de un mundo interno hostil. (Klein, 1946.)

También se proyectan aspectos buenos en el objeto y la introyección del objeto bueno —el pecho bueno de la madre— es una precondition para el desarrollo normal.

Por el contrario, cuando la identificación proyectiva es masiva no aparece como un proceso estructurante del psiquismo, sino desestructurante.

Nos encontramos con un mecanismo a través del cual, fantasmáticamente, se puede atacar, dominar y controlar el objeto. El objeto pierde lo propio de sí mismo, quedando obligado a responder de determinada manera. La relación con otra persona sobre la base de proyectar en ella partes malas de sí es de naturaleza narcisista, porque el objeto no se percibe como un sujeto diferente. La relación con otra persona, si se basa en proyectar las partes malas del *self*, es de característica narcisista. Ya sea algo malo o algo bueno que se inocule dentro del objeto, lo que predomina en la identificación proyectiva es la escisión del Yo. En la identificación proyectiva masiva se evidencia la omnipotencia de la fantasía, de modo que la identificación de una parte del *self* con el objeto trae como resultado la indiscriminación, de manera que uno es el otro.

Esta apretadísima síntesis tiene como cometido introducir el marco teórico a los efectos de reflexionar en torno a una situación clínica. La misma me llevó a plantearme, desde la contratransferencia, cómo operan en nosotros estas modalidades de funcionamiento psíquico, así como la importancia que tienen para la comprensión de nuestros pacientes. Expondré a continuación algunos fragmentos de entrevistas realizadas a los padres de un paciente adolescente, al que llamaré Aarón.

Viñeta... reflexiones...

La primera entrevista fue realizada sin haber estado acordada previamente. Un día, al finalizar la consulta se presenta el Sr. G. (a través de una colega yo sabía que me iba a pedir una consulta para su hijo, pero esperaba que se concretara telefónicamente), y me solicita, manifestando intensa ansiedad, que por favor lo reciba, que tiene que plantearme algo. Sorprendida lo hago pasar.

Vine yo solo, mi mujer no sabe que vine. Quería darte mi versión de las cosas. Tenemos un hijo, Aarón, de 18 años, es drogadicto, estuvo cinco meses internado en X para el tratamiento de la drogadicción. Lo primero que me dijeron en X fue que él sabía que era hijo adoptivo. Nosotros nunca le dijimos que era adoptado, además mi mujer se opuso siempre a hablarlo. Tenemos una hija, Z. que también es adoptiva y tampoco lo sabe. Aarón es mentiroso, no estudia, no es responsable, no conoce límites. Fue a X porque él quiso, pero no servía, se cansó.

Además no me gustó, les hicimos varias propuestas y todo estaba bien [se refiere a cambios en el régimen de internación], todo servía. Te voy a decir la verdad: mi mujer está mal, nos llevamos a las patadas, y si no me he separado es por mis hijos, si me voy de casa voy a perder el control. Para ella Aarón está bien, no tiene nada, no tiene que tratarse ni con psicólogo ni con psiquiatra. Ella está cada vez más metida para dentro, se dedica exclusivamente a los hijos, no sale de casa. Está cada vez más insoportable, los amigos han dejado de ir a casa, todo por ella. Se parece cada vez más a mi madre, mi madre era así, la psiquiatra me dice que por algo la elegí, pero cuando yo la conocí no era así.

Mi sorpresa había dado paso a un sentimiento de incomodidad que no podía precisar. Le pregunto cómo habían logrado mantener el tema de la adopción en secreto todos estos años y cómo se habían realizado los trámites. En este momento empieza a hablar con rodeos: «no puedo contártelo porque hay muchas personas conocidas implicadas, prefiero no hablar de eso». Le pregunto directamente si estaban registrados como hijos del matrimonio y me contesta que sí. «Pero podés estar segura —agrega— que no hubo en la adopción nada ilegal ni amoral, que no los compré a mis hijos».

Debo aclarar que el Sr. G. es un comerciante de cierto reconocimiento en el medio, que lleva treinta años de casado y, según me informa, ambos estaban aptos para tener hijos. No los tuvieron por una decisión de él, ya que en su familia se han dado casos de una enfermedad hereditaria que cursa con múltiples malformaciones, progresiva e invalidante, y por la cual algunos familiares fallecieron, él no quería transmitirla a sus hijos.

Concretamos una entrevista a la que concurriría con su esposa, me quedé pensando si el Sr. G. había venido a hacerme participar del secreto para que no preguntara; me ponía sobre aviso, además, de que existían varias versiones de la historia. Me encontré acordando una entrevista como si fuera la primera, haciendo de cuenta que nunca había existido esta conversación. Evidentemente mi molestia tenía que ver con la modalidad de trato, con la manipulación de la que fui objeto que me transformaba en cómplice del secreto.

El encuentro con el Sr. y la Sra. G. se desarrolló en un clima tenso. La pareja discute, en algunos momentos con violencia. Sobre todo de parte de la Sra. G., que acusa a su marido de haber destruido la familia al

hacerse cargo de su madre y su hermana (que habían enfermado y murieron posteriormente).

Aarón tenía una familia entre comillas normal, era protegido, querido. A partir de ese momento él se mimetizó con ellas, él se transformó en otra persona, no se daba cuenta de la destrucción de la familia. Aarón se puso en contra de mí, se volcó al padre. La cosa es que fumó marihuana, además él es una persona muy depresiva, anda tirando malas ondas. Yo soy optimista, es como el vaso, él lo ve vacío y yo lo veo lleno.

Da cuenta de una intensa vivencia confusional, dada la indiscriminación al referirse a su esposo e hijo, proyectando los aspectos más destructivos en ellos; lo cual me lleva a pensar cuanto de pulsión de muerte circula en este grupo familiar.

Continúa diciendo, «yo considero que [Aarón] se debe sentir apoyado, estudiar, terminar el inglés. A todo esto, tenía una novia, apoyado por el padre, que la verdad... Él lo controla por teléfono, no puede salir a ningún lado que lo vive llamando».

El Sr. G. hace un gesto con la mano en la que sostiene el teléfono celular, me imagino del otro lado del hilo invisible a Aarón atado.

Es un problema mío, lo veo tan inconsistente, tan inseguro, tan como bola sin manija, que es proclive a ser arrastrado, que lo fue en un pasado. Esa tendencia que tuvo de chico hacer travesuras. Además miente, por eso lo del teléfono, para saber dónde está.

Mentiras que tramitan la mentira originaria, donde se juega el narcisismo tanático de estos padres adoptivos que no fueron guiados por el deseo de un hijo, sino por la necesidad de colmar una carencia narcisista que da cuenta de la fragilidad yoica de ambos y las fallas en sus relaciones objetales inmaduras, donde el objeto existe en virtud de su función en la órbita parental.

Sra. G.: «Jamás hizo cosas que no fueran de niño. Yo le digo que lo que tenés que hacer es vigilarlo, pero que no se dé cuenta. Le das sedantes, a los 18 años no tiene que tomar nada, simplemente apoyo». Más mentira, ocultamiento y despliegue persecutorio en las relaciones objetales de una mujer que se maneja con una omnipotencia ligada a la agresión y pulsión de muerte. Puesto que Aarón no es visto, no lo registra como otro, sujeto de deseo y discriminado; violencia intensa que el hijo sostiene más bien como objeto o parte de sí misma proyectada. Presenciamos dentro de esta

estructura familiar una relación dual de la pareja, que en la fenomenología afectiva emerge con su talante de cautiverio acompañada de una angustia laberíntica que promueve las escenas perversas que presencié como espectadora invisible.

Fue tal la violencia que adquirió la discusión, que sentí ganas de que se fueran, estaba angustiada. Pensé en Aarón, creí entender por qué se drogaba, fue la salida viable para promover una consulta, para que hablaran frente a otro que pudiera escuchar de manera diferente.

Despojado de su identidad, aniquilado como sujeto, se había convertido en una gran bolsa que contenía los deshechos de estas dos personas, depositario de todo lo malo, debía hacerse cargo de la mentira, de la violencia. Dijo «basta».

Por otra parte, si bien yo percibía frente a mí dos personas discutiendo, sentía que se destrozaban. Ambos mostrando aspectos característicos del vínculo familiar, estilos del discurso que dan cuenta de la agresividad y la pulsión de muerte en juego. La Sra. G. era más impulsiva, expresando abiertamente su agresividad —no le importó insultar al marido: «sos un estúpido, no digas estupideces si no conocés a tu hijo»—, mientras que el Sr. G. transmitía una agresividad contenida, parecía que disfrutaba de los desbordes de su mujer.

Sentía con intensidad la necesidad de intervenir y generar el espacio para que Aarón desplegara en el ámbito analítico las verdades en torno a su origen, habilitar su nacimiento, y que deviniera, dentro de los avatares de su historia, como existente y registrado por otro.

«El cuerpo vacío y mudo, incapaz de hacer oír su necesidad o su sufrimiento, ni de hacerse eco de los deseos y fantasías reprimidos, solo logra su reinvestidura a través de la imagen» (Abadi, 2003). A su vez, pensando en la adicción y todo lo que con ello estaba denunciando, evocé a Rosenfeld cuando destaca que:

La droga simboliza un objeto ideal que puede ser incorporado concretamente y su efecto farmacotóxico es utilizado para reforzar la omnipotencia de los mecanismos de negación y disociación. Ello puede observarse claramente cuando el adicto a las drogas las utiliza para producir estados de modorra que conducen al sueño (Rosenfeld, 1960).

La droga le permite enfrentar la ansiedad persecutoria, pero podemos plantearnos que representa también los objetos malos introyectados: es la

sustancia mala que se incorpora y destruye desde el interior. Como estos padres introyectados destructivos y tanáticos que lo desconocen.

Este desafío me conducía a aceptarlo como paciente, darle un lugar donde ir encontrando, proporcionándole palabras para nombrar lo innombrable, lo secreto y escindido, generando mayor cohesión, que lo habilite a ir apropiándose de una imagen de sí existiendo y adquiriendo algún nivel de integración.

Este Aarón habla con palabras de otro al igual que el Aarón mítico, que servía de traductor por el conocido problema de tartamudez de su hermano. Moisés revela los mandatos de Jehová y juntos salvan al pueblo de Israel. Me interrogo sobre el mandato que desde el narcisismo de estos padres debía cumplir Aarón, ¿de qué debía salvarlos?, ¿de la indiscriminación, de la violencia, la destrucción mutua?, ¿o revelando la verdad salvarse y salvarlos? Un detalle que tal vez no sea menor: el padre es tartamudo. Aarón hace síntoma y actúa, en su adicción y mentiras, el silencio encubridor de sus padres, desmintiendo la realidad que conoce: la esterilidad afectiva que vivencia y el origen de su historia. Doblemente negada la verdad en torno a su origen, aniquilada su identidad y por ende su imagen de sí, quizá trate de existir a través de otra identidad y otra imagen: la de drogadicto.

Cabe destacar que el nombre Aarón etimológicamente significa «progenitor de mártires» en hebreo y en egipcio «león guerrero».

Cuánto podré propiciar para que se revele su origen, no lo sé, pero sí sé que tengo que caminar al lado de este león guerrero, en el laberinto de su mundo interior caótico y una vivencia del exterior destructiva y agresiva, teniendo presente que «hablar de transferencia significa iluminar un pasado y ver al enfermo más allá de su pura actualidad, verlo como continuo de vida, y por la contratransferencia el terapeuta se toma a sí mismo como herramienta del trabajo» (Paciuk, 1996).

Bibliografía

- Abadi, S. (2003). Entre la frontera y la red, apuntes para una metapsicología de la libertad. *Revista de Psicoanálisis*. 60, 2, 459-478.
- Klein M. (1983). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides (1946). *Obras completas*. Tomo 3. Bs. As.: Paidós.
- Paciuk, S. (1996). Psicosis y transferencia. En: Paciuk, S. (Comp.). *Psicosis de transferencia*. Montevideo: Roca Viva, 11-75.
- Rosenfeld, H. (1960). *Estados psicóticos*. (3.^a Ed.). Buenos Aires: Paidós.

Revisión de una ponencia presentada en xv Forum Internacional de Psicoanálisis. Santiago de Chile, en 2008. International Federation of Psychoanalytic Societies.